

Los dos lenguajes de las dos psicologías de lo social

pablo fernández christlieb

Universidad Nacional Autónoma de México

pablof@servidor.unam.mx

Resumen

Aparte de otras versiones del giro lingüístico, puede decirse que la psicología social empezó a atender al lenguaje debido a un tedio causado por la serie de palabras declarativas sin contenido ni significado que recitó durante años una psicología social estándar meramente técnica, que permitía atender solamente al sonido de las frases toda vez que no había contenido que atender, lo cual motivaba a reflexionar sobre el lenguaje como modo de la realidad. Esta psicología social comienza, en efecto, como una crítica, y parte de la consideración de que la realidad en rigor es un conocimiento hecho de lenguaje. La atención básica al lenguaje por parte de la psicología social comporta o implica ciertas obligaciones que se han ido notando conforme se desarrolla, concretamente dos. Por una parte, la psicología social tiene que ocuparse de las relaciones interpersonales e intergrupales, debido a que es en ellas donde y como se despliega el lenguaje. Por la otra parte, es consustancial al lenguaje una racionalidad de tipo lógico, que la psicología social misma tiene que aceptar como modo de pensamiento: es la racionalidad precisamente lingüística, e ilustrada. Puede advertirse que la caracterización de la psicología social es casi una definición de la democracia, y es, así, una psicología social inobjetable, al menos en lo que la democracia tiene de inobjetable.

Ahora bien, lo que antiguamente se denominaba psicología colectiva, que surge en una época en que estaban de moda las morfologías, i.e. los estudios de las formas, pretendía ocuparse de realidades más masivas y bastas, tales como la sociedad en general, las naciones, la historia o la cultura, temas que ciertamente parece poder abarcar el concepto de forma, el cual comporta, como obligación de pensamiento inherente, el empleo de una racionalidad diferente, a saber, una racionalidad afectiva o estética.

A la psicología social le es perfectamente adecuado el lenguaje como modo de exposición de su campo u objeto de estudio, toda vez que al lenguaje se le conoce con lenguaje, lo cual se puede observar en sus textos, argumentaciones, debates y discursos. En cambio, a la psicología colectiva, dado que las formas no se conocen con lenguaje, no le sienta bien el uso del lenguaje en el sentido discursivo y racional, sino otro modo, a saber, la literatura, que no es lenguaje sino forma hecha con palabras, lo cual, por congruencia con sus ocupaciones y sus criterios, la saca del discurso científico o académico, como un precio caro que tiene que pagar por buscar la comprensión.

Palabras clave: Psicología social; Psicología colectiva; Lenguaje; Forma.

El primer nombre reconocido de la psicología social fue el de psicología colectiva, y se suponía que sólo se cambiaba de nombre de la disciplina, pero la verdad es que se cambió de disciplina. En efecto, si se revisan los conceptos de psicología social y de psicología colectiva, resulta que son dos disciplinas que hacen dos cosas diferentes. La psicología social tiene como mundo al lenguaje, las

relaciones interpersonales y el pensamiento racional. El de la psicología colectiva es más o menos un contramundo, o sea, el de las imágenes, los ambientes y un pensamiento afectivo.

1.- El Descubrimiento del Lenguaje en la Psicología Social

La psicología social cayó en la cuenta de que la realidad está en el lenguaje y de que ése es nuestra única realidad no sólo por mero giro lingüístico, esto es, no sólo por el mero hecho de que existieran Wittgenstein y Bajtin, sino más bien por cansancio interior. Cuando uno está cansado, todos los discursos, aunque sean de amor o de odio, de democracia o represión, de verdad o falsedad, le suenan a pura palabrería, y en efecto, la psicología social, aquella que era acrítica y cientificista, se convirtió en una psicología social crítica y discursiva, el día en que se cansó de sus propias palabras, de oír sus mismos temas tan de siempre como repeticiones y como sonsonetes, las actitudes, la propaganda, el liderazgo y la socialización, porque ya estaban tan definidos, tan dichos y enseñados, tan insistidos de que así era la verdad absoluta, que para un cansado resulta difícil que alguien le pueda decir alguna verdad y menos absoluta, y así, resultaba que cada vez más se iba diciendo cada vez menos del tema en cuestión pero siempre recordándole a uno que así era la verdad y así era el objeto. Y así cualquiera se cansa. La actitud, por ejemplo, que originalmente era una especie de alma entrañable e incognoscible que recorría incólume los más diversos comportamientos de la sociedad, acabó siendo una definición técnica y superficial bastante repelente, ya que igual se podía decir esa definición o cualquier otra si de lo que trataba era de sacarse de la manga algo que no tuviera que ver con la realidad, de manera que, para alguien más crítico, por ejemplo un estudiante en los años sesenta, más interesado en el mundo, en la gente, y menos complaciente con las declaraciones especializadas de la disciplina, las palabras se le empezaron como a aparecer como algo independiente de lo que nombraban, como si lo real se saliera del objeto, y lo único real que quedara fuera el puro hecho del discurso, y entonces uno podía ya entretenerse, aburrido que estaba, con el trucaje y el montaje del discurso mismo. Cuando alguien está diciendo tonterías, lo único verdadero que hay ahí es la tontería: de esto se dio cuenta la psicología social crítica; si una palabra no dice nada, la única realidad que queda es la palabra sola. Cuando las palabras huecas de la psicología social cientificista empezaban a resonar en el eco sin nombrar nada ni encarnar en nada, el oído atento de algún escucha que no se resigna a seguir aburriéndose, empezó a darse cuenta de que en verdad las palabras no designan nada, y por lo tanto, se designan a sí mismas, y ésa puede ser a partir de entonces la realidad. La impresión de convencionalidad del lenguaje, que puede ser incluso cierta, se da sólo ante un lenguaje que ni nos viene ni nos va, uno que se ve con cierta distancia y bastante indiferencia. La palabra margarita es muy convencional y se usa arbitrariamente para una flor, una mujer o un cocktail a base de tequila, y es que el cansancio y el aburrimiento provocan un cierto tipo de racionalidad (porque si uno está, por el contrario, entusiasmado porque odia a una señora que se llama margarita -la de este ejemplo se apellidaba Thatcher-, difícilmente va a poder separarla de su nombre y va a encontrar que su nombre le es necesario). En fin, esto es un buen descubrimiento: darse cuenta de que las palabras funcionan como realidad, y que la gente les cree, aunque que para darse cuenta de esto uno necesita descreer de esa creencia, y para descreerla se necesitó que estuvieran diciendo cosas tan aburridas que uno dejara de fijarse en las cosas y pusiera atención en las puras palabras solas. Como dicen Horkheimer y Adorno en la Dialéctica del Iluminismo, el nombre mismo que era la conjunta magia de palabra y cosa, sufre un cambio químico y se transforma en etiquetas arbitrarias y manipulables. O sea que no hay nada más creativo que el aburrimiento, porque para salvarse de él, a uno se le tiene que ocurrir algo que pensar en medio de

ese aburrimiento: hacer algo nuevo con lo que no se soporta pero tampoco se puede evitar. Esta psicología social es una psicología social que se salvó del aburrimiento pensando en el lenguaje, gracias a las clases tan aburridas que daban sus profesores. Y, en todo caso, es un hecho paradójico que, para que el lenguaje aparezca como realidad, el lenguaje tiene que haberse vaciado de significado.

2.- La Realidad que Viene en el Tren del Lenguaje

A partir del lenguaje como único posible conocimiento de la realidad y como única realidad que puede ser conocida, la psicología social encontró un objeto sumamente apropiado que estudiar, toda vez que el conocimiento, el pensamiento, la conciencia, se puede decir que están hechos, auténticamente, de lenguaje. Las representaciones sociales, las de Moscovici, no las de los moscoviceanos, la realidad discursiva de Gergen, el construccionismo social de Tomás Ibáñez, la aproximación retórica de Billig, representan esta psicología social que se dio cuenta de la vaciedad de los objetos de la realidad dura, y se dio cuenta de que la única plenitud posible radicaba en el lenguaje, el discurso, las palabras, la conversación, la narración y otros términos afines.

Comoquiera, siempre quedará la paradoja de que si la realidad son puras palabras, que a veces cansan, entonces el lenguaje como realidad y la psicología social misma es puras palabras, de las cuales eventualmente uno puede cansarse y dejar de creer en ellas, lo que sería una especie de vaciamiento de segundo orden, el de que las palabras con que uno dice que todo son palabras también son puras palabras, hecho éste que, además de ser correcto, es una cuestión de actitud crítica, y si la actitud con que surge el lenguaje como realidad es la del cansancio ante la vaciedad de la realidad, este cansancio puede vaciar de realidad igualmente al lenguaje, lo cual es no sólo posible, sino inminente, y es que, en efecto, no se trata de un asunto de verdad o falsedad, sino de que haya o no una creencia o una convicción en lo que se haga, y éstas son cosas que se pierden con el cansancio. El discurso de que la realidad existe se hizo hueco en un momento dado y ahí surgió el discurso de que lo que existe no es la realidad sino el discurso, pero, asimismo, el discurso de que todo es discurso también puede hacerse hueco; los primeros sonidos a caja vacía ya se han oído. Estamos en la posmodernidad al cuadrado. Sin embargo, cuando la psicología social se añadió el adjetivo de crítica es que se estaba dando cuenta del riesgo, y es por eso que se vuelve una psicología social autocrítica; de los autores mencionados aquí arriba, algunos ya no quisieron pasar a la autocrítica, pero otros sí.

No obstante, mientras tanto, el lenguaje tiene un par de cualidades intrínsecas que se convierten en las obligaciones de la psicología social, a saber, la interactividad y la racionalidad.

Respecto a la interactividad, es evidente que el lenguaje es para decírselo a alguien, de manera que las palabras sólo pueden existir en la comunicación: tiene que haber alguien que lo diga o escriba y alguien que lo escuche o lea, esto es, tiene que haber dos instancias que se conectan a través de la entidad de la relación, tiene que haber individuos en contacto, en grupos, que hablan, discuten, discurren, debaten, dialogan y construyen poco a poco, mediante sus argumentos y contrargumentos, aquello que van a considerar que es real, lo cual significa que se construye la realidad por la comunicación. Por ello, la psicología social, por antonomasia, aunque en principio esté interesada por las prácticas discursivas de la estructura social, termina, a la hora de la hora, por cuestión de uso diario, enfocando en las relaciones interpersonales, y eso se vuelve su mundo y su

campo de estudio. Mal que bien, casi invariablemente, psicologías sociales que empiezan trabajando con pensamientos colectivos o grupales o comunales, acaban haciéndolo con relaciones interpersonales, como si eso fuera un gaje del oficio de fijarse en el lenguaje. Este nivel interpersonal de la comunicabilidad del lenguaje, es en sí mismo una institución de la sociedad y no es nada desdeñable.

Ahora bien, toda racionalidad es un orden, y se nota que el lenguaje es un sistema de ordenamiento del mundo, puesto que establece distinciones, clasificaciones, antinomias, jerarquías y secuencias en un mundo que no las tiene de suyo sino hasta que aparecen las palabras que lo van nombrando, y por ende, lo que no se ajusta a las categorizaciones del lenguaje, queda fuera de la racionalidad que es lógica, secuencial, inteligente y argumentativa. Siendo que ella misma usa lenguaje de suerte que tal lenguaje se constituye en el marco, criterio y aspiración, la psicología social tiene que adoptar, sin saber a qué horas, la racionalidad lingüística como forma de pensar, lo que la hace, evidentemente, una disciplina democrática, ilustrada, respetuosa de los cánones de la producción científica y gremial o institucional, dentro de lo cual se puede ser crítica, izquierdosa, minoritaria y algo desobediente. O sea, un buen lugar para vivir.

Como mera anécdota, esta racionalidad que descarta lo que no puede ser dicho sino solamente mirado, parece arrancar históricamente de la reforma protestante de las regiones del norte de Europa, que tuvo sus intenciones iconoclastas, es decir, que desconfiaba de las imágenes como portadoras de realidad, tal vez porque en el norte siempre está tan nublado que no se ve nada, y en cambio, sólo le prestaba atención a las palabras, que si se oyen aunque esté oscuro a las tres de la tarde.

3.- La Realidad que Flota en el Barco de las Imágenes

En cambio, la contrarreforma católica, la cual, desde el medievo, confiaba en las imágenes de santos y cristos para hacer comprensible y ejemplar, y también terrible, la realidad a los fieles, siempre ha sido menos buena en eso de la lógica. Esto quiere decir que hay un factor de memoria en la creencia en el lenguaje, contra otra memoria que cree más en las imágenes, y que es más mediterránea y en consecuencia más latinoamericana. Pero sólo es una anécdota.

Y ciertamente, en las interacciones hay algo que no se oye, porque parece que no está exactamente dentro de la realidad lingüística, y a la mejor, bien visto, se puede mirar, como se mira la arquitectura o la decoración del lugar donde se da la interacción. Se puede hablar de lo que sea en una interacción democrática o parlamentaria, pero, para hacerlo, hay una estructura que determina que se debe otorgar la palabra para usarla, que hay que evitar ciertos vocablos, preparar aproximadamente el argumento de lo que se va a decir, y no espetar cuestiones personales, y de hecho, cuando se viola esto, hay tormenta en la cámara de diputados. En España, por ejemplo, a todo esto se le llama el arco democrático, por la razón de que las bancas de los políticos están dispuestas en la forma de semicírculo, de arco, que posibilita un cierto tipo de comunicación e impide otro, y que también hace visibles los pensamientos de los miembros en el sentido de que, como en un abanico, se puede ver dónde están sentadas las diferentes posiciones políticas, y de repente ya no hace falta ni que hablen porque, viniendo de esa parte del abanico, es obvio lo que van a decir. En la cámara de diputados de México hay una región, atrás, a la que llaman, como ese barrio neoyorkino violento, "el bronx", y se sabe que todo lo que venga de allá será altanero, provocador, chistoso y

desordenado. Las conversaciones de sobremesa tienen otra forma, rectangular si es familiar y redonda si es amistosa; y si uno averigua la historia de las mesas, cómo eran en los monasterios, o la historia de las cocinas, cómo se sentaban para comer, tendrá una visión del tipo de conversación de esas reuniones. Las interacciones, entonces, aparte de tener comunicación, tienen forma, y su forma las marca, digan lo que digan los que estén hablando. Para descubrir una forma hay que juntar todas las interacciones de cierto tipo de todos los grupos y todas las épocas de una sociedad, e igualmente juntarlo con todo lo que tenga forma de semicírculo, de anfiteatro, de hemiciclo, de arco o de abanico, incluyendo los abanicos como el de Lady Windermere o los arcos como los del triunfo o los de tiro que, se sabe, tienen una cuerda que los hace tensos, cosa que ya no sucede en los círculos completos: el orador del parlamento es la cuerda que tensa el arco. Dicho de otra manera, si se quiere averiguar qué piensa la sociedad en grande, la sociedad macro, esto es, lo colectivo y no lo social, hay que atender a las formas y no al lenguaje. La misma sintaxis del lenguaje es algo que no está hecho con lenguaje, y así como hay formas de la interacción y del lenguaje, hay también formas de las ciudades, de las modas, de las máquinas, de los mapas, de la democracia, de las pasiones, y formas del pensamiento que no piensan con palabras sino con formas. Esto ya no es una psicología social, porque ya no es interactiva, sino una psicología colectiva porque es, digamos, masiva. Curiosamente, el concepto de psicología colectiva comprendía esta noción y por lo tanto tenía una ocupación diferente a la de la psicología social, ocupación ahora desocupada y repartida entre la sociología, la antropología, la ética, la filosofía, la crítica de arte, la historia o la arquitectura, y podría quedarse y seguir así, que no está mal, o juntarla como psicología colectiva, que no está mal tampoco. De cualquier manera, resulta un hecho paradójico al revés el que una psicología hecha para averiguar las imágenes haya desaparecido del ámbito académico justo en el momento en el que el mundo se llenaba de imágenes, desde los affiches de Toulouse-Lautrec hasta las fotos de Paris Hilton.

Ya sea que uno quiera ir más allá del lenguaje, se topa con la psicología colectiva, o ya sea que quiera estudiar a las sociedades psicológicamente, uno tiene que ir más allá del lenguaje, lo cual significa no prescindir de él, sino tomarlo también como si fuera una imagen o una forma, como lo son los tonos de la voz, el tamaño de los párrafos, la dicción, la velocidad a la que se habla, los titubeos, o, en suma, la musicalidad intrínseca de las palabras, el ritmo de las frases, gracias a lo cual, los discursos se empiezan a parecer más a una pintura que a un mensaje. Comoquiera, ya sea que se llamen formas o imágenes, o estructuras o esquemas, éstas no son cosas que se construyan entre participantes ni tampoco que se transmitan de unos a otros, sino que unos y otros y las cosas constituyen en conjunto y al mismo tiempo dichas formas en tanto objeto de estudio, y por lo mismo, no funcionan como instancias interactivas o comunicacionales. Uno no se las puede pasar a otro porque uno y otro se hallan dentro de ellas, y en este sentido son objetos masivos, vastos, más que interactivos. Se trata de situaciones completas, que es lo mismo que decir sociedades completas, aunque sean pequeñas, como la sociedad de los poetas muertos, o la sociedad mexicana de psicología social, compuesta por cuatro gatos. Las formas de vida en la Latinoamérica independiente del siglo XIX, la confianza en el progreso técnico, la fe en la ciencia, el esquema de interpretación con que se interpreta lo que uno haya dicho aunque haya dicho lo contrario, la ignorancia supina y plenipotenciaria que permite que esta idiotez que hay hoy en día se pueda denominar sociedad del conocimiento, son verdaderamente formas que informan o conforman o configuran a toda una sociedad y asimismo guían hasta lo que se dice en las interacciones, porque, conociendo la forma de ser de alguien, uno no sabe exactamente lo que va a decir, pero ya sabe por dónde va.

Y puesto que esas formas no se pueden separar, distinguir o diferenciar en sus componentes so riesgo de perderse, ya que si se las separa se les quita la forma que es lo único que tienen, entonces, no se pueden pensar, al menos en el sentido lingüístico normal del término, porque pensar era precisamente distinguir y diferenciar, y, por lo tanto, no pueden ser objetos racionales, de modo que, la sociedad, vista como un todo, no piensa racionalmente, sino irracionalmente, o dicho de otro modo, piensa afectivamente, o mejor dicho, piensa estéticamente, que es lo que se hace cuando se piensa con imágenes, es decir, piensa sin definir ni catalogar, toda vez que los afectos, como las pinturas, como las mentalidades, como los monumentos, como la traza urbana, como el espíritu de la época, son objetos que no tienen definiciones, ni componentes, ni partes ni distinciones.

4.- El Recurso de la Literatura de la Psicología Colectiva

En resumen, la psicología social es aquella psicología que se dio cuenta de que la única realidad de veras era el lenguaje, y al lenguaje lo encontró en la comunicación o interacción entre las gentes. La psicología colectiva es aquella psicología que creyó que hay una realidad un poco más grande o más inclusiva que la interacción a la cual no se podía entrar con un concepto como el lenguaje, sino con otro concepto, como las formas.

Ése es el resumen, pero la conclusión es otra, y es de método, y es la que sigue: la psicología social puede conocer el lenguaje con lenguaje, y la solución le queda perfecta, mejor que a todo el positivismo junto, porque lo único que se puede conocer con palabras son las palabras, lo único que se puede saber mediante lenguaje es el lenguaje. Pero a la psicología colectiva no le funciona ese método, porque si intenta conocer lo que no tiene separaciones separándolo, lo que no tiene distinciones distinguiéndolo, lo que le sucede es que destruye su objeto en el momento en que intenta tocarlo, que es justamente lo que les sucedió a todas las psicologías científicas de las emociones, las psicologías del arte y las psicologías de la cultura. Es como cuando uno quiere distinguir entre afecto, emoción, pasión, estado de ánimo, porque al hacerlo resulta que lo que quería estudiar ya se le desapareció; y al revés, las definiciones y los conceptos se vuelven borrosos cuando se usan como formas: términos como espacio, lugar, ambiente, atmósfera, situación, ciudad, sociedad, interacción, época, circunstancia y los que faltan por mencionar, se traslapan unos con otros, pasan a formar parte de la misma forma y no sirve de nada intentar definirlos, ya que todos pueden tener la misma definición y cada uno puede tener varias definiciones. Por eso la psicología colectiva no puede utilizar vocablos técnicos. Aquello que solamente puede ser definido de una sola manera es incorrecto o es demasiado banal.

El dato de que, ya académicamente establecidos, Gabriel Tarde haya escrito una novela –de ciencia ficción-, Freud haya escrito mitos, Umberto Eco haya escrito una novela –sólo una, las demás son bestsellers-, Gordon Allport haya editado el diario de una loca –de nombre Jenny-, Theodore Roszak haya escrito una novela –también de ciencia ficción-, Jacques Derrida haya declarado en una entrevista poquito antes de morir que de tanto ser filósofo se convirtió en escritor, o que Serge Moscovici escriba su autobiografía, no es, al parecer, ni un dato menor ni un divertimento de famosos durante su jubilación, sino un asunto de método, a saber, de poder decir de alguna forma lo que no estaba en palabras. Esto significa que para quien está cansado el lenguaje le suena a puras palabras, pero para quienes todavía les quedan ganas de enfrentarse a algo raro, puede ser que el lenguaje no sean puras palabras, sino que sea una realidad más profunda, que está más allá de la comunicación y más allá del etiquetaje de la denominación de objetos. O, dicho de otro modo, puede

ser que, paradójicamente, el lenguaje sea un objeto extralingüístico, más parecido a las formas que a las palabras, y eso es a lo que se le llama, en rigor, literatura, esto es, aquello que no vale por lo que dice ni por lo que simboliza ni por lo que denota ni por lo a que se refiere, sino que vale y es realidad por sí mismo, por cómo se oye, por el espesor y volumen que agarran las palabras en el momento en que se están formando, por lo que evoca sin nombrar, por lo que aparece sin que esté presente, o como dice Nelson Goodman, por lo que expresa o ejemplifica sin definirlo ni describirlo, y porque no está tratando de decir verdades ni de construir realidad, sino que ella, la literatura, es su propia realidad. La literatura se convierte en su propio mundo. Ciertamente, a las formas sólo se las conoce con formas, pero la literatura es forma, no lenguaje, y por lo tanto, la manera que tiene de ser la psicología colectiva es la literatura.

5.- La Realidad como Literatura

Puede que esta conclusión sea decepcionante, porque puede que sea mera literatura, pero, a lo mejor, ya entrados en la decepción, da tiempo de especificar cuál tipo de literatura. Da la impresión de que una manera de proseguir una psicología social crítica es meterse de lleno en el lenguaje, empaparse en él, creerse lo que se dice, no como verdad, sino como forma de vida. Esto es lo que aquí significa literatura: convertir al lenguaje en forma, no en contenido; en fin, no en medio de comunicación. La literatura es aquello que alguien se pone a leer sin que venga al caso y que puede leerlo ahora o dentro de veinte años; el periódico atrasado que uno lee en la sala de espera del dentista no está siendo leído como información, sino como literatura. Es igual que leer a William James que es de hace cien años y como ciencia ya no vale, pero, en cambio, como lectura, da gusto, y vale la pena, porque es como si lo que hay dentro de las pastas de los Principios de Psicología fuera un mundo completo, y estando dentro, con eso basta, y de hecho, ya se parece en algo al planeta psicológico que describió Borges, al que nadie le hace el feo sólo por que sea viejo y no sea verdad. Mientras que el informe científico es uno que debe revisarse apenas salga para que tenga vigencia y se puedan aprovechar los datos que quedan obsoletos a los cinco años de su publicación, como si fueran recibos vencidos de la cuenta del teléfono, la otra manera de decir que no viene al caso, es que siempre puede ser interesante y que dura más tiempo. Esto sucede con los textos teóricos, y sí, parece que hacer teoría es hacer literatura: en ambas, lo que se está haciendo no es describir la realidad, sino fabricar un mundo para ocuparlo, al menos mientras dure la lectura.

Hacer, pues, literatura en psicología social no querría decir hacer novelas ni poesía ni ciencia ficción, ni inventar personajes ni escribir muy bonito, sino, más bien, tomar el contenido de la psicología y disciplinas afines como universo de acción, con sus autores, textos, polémicas e historias, y buscar con ellos más ideas y más interpretaciones, y más enigmas y otras soluciones, y, en suma, para decirlo como Gadamer, ponerse a especular con la psicología, que es la manera de enriquecerle su cultura, entendiendo por cultura psicológica todos los temas de que se puede hablar entre quienes les interesa la disciplina. Casi se diría que de lo que se trata la literatura de la psicología es de embellecer la discusión. Es literatura cuando la psicología social vale sólo por el gusto de sí misma.

O sea, literatura no quiere decir ni cosas falsas ni adornos verbales; más bien quiere decir olvidarse de las verificaciones y acordarse de las verosimilitudes: olvidarse de creer que hay una realidad externa, fuerte y de verdad a la que hay que cumplirla, y acordarse de intentar que la psicología tenga sentido con respecto al resto de la vida, con respecto a lo que se hace, se quiere, se

aspira y se espera, y no es que la literatura esté describiendo alguna realidad, sino que a la realidad se le antoja convertirse en literatura, porque se asume que nada es estrictamente cierto ni estrictamente verdad, y entonces, si hay alguna certeza y verdad no puede ser otra que el grosor, la tercera dimensión que adquiere el lenguaje cuando se convierte en un lugar y uno lo habita, como si los adverbios sirvieran para dar vuelta, los adjetivos para prender la luz, las conjunciones nos llamaran y a los sustantivos hubiera que esquivarlos, de tan pesados que son, de modo que la realidad cambiara en la manera de decirse: lo más verdadero que tiene el libro de Solomon Asch es la forma que tiene de escribirlo, porque aunque sus datos ya no sirvan, cuando uno lo lee dan ganas de hacer psicología social, ganas de meterse en el libro y quedarse un rato allí. A la verosimilitud no le importa dar la apariencia de verificación.

Parece que hacer literatura es quitarle pesos, lastres, anclas, remolques y demás términos navales a la psicología social a cambio de ponerle espesores, densidades, profundidades y demás términos marítimos a la vida. El lenguaje como lenguaje permite navegar sobre las palabras, pero el lenguaje como literatura permite hundirse en ellas. Así es como, sin obligarse por los cánones de una academia ya no ortodoxa sino neoliberal, la psicología social puede, con mucho rigor pero de otro tipo, intentar narrar las formas del pensamiento, de la cultura y de la misma psicología, conectando cosas que en el mundo del lenguaje no se conectan pero que en el mundo de las formas sí, como los arcos y los abanicos, como en las metáforas y las analogías, y puede, por decir, criticar la economía mundial desde el punto de vista del mal gusto, describir sentimientos como si fueran materiales de construcción, y contar banalidades como si fueran catástrofes, y usar el humor, el malo y el bueno, la épica o la crónica para dar a entenderse. La realidad de las formas no está en el contenido del lenguaje, sino en su estilo, y es como si la única manera de embellecer o mejorar la realidad consistiera en embellecer o mejorar el lenguaje que se usa, y eso es tal vez la literatura, y es también eliminar la coartada de que el lenguaje es descripción de algo, porque si de verdad el lenguaje no es un mero metafenómeno de la realidad, como subtítulo en español de las películas, sino una realidad, entonces lo que se haga con las palabras se está haciendo con el mundo.

Una vez criticaron a Cézanne diciendo que cómo a alguien se le podía ocurrir pintar una mujer verde, pero Cézanne lo que dijo es que él no había pintado una mujer, sino que él había pintado un cuadro. Pues lo mismo, la psicología social no describe la realidad, sino escribe un libro, y ahí dentro las mujeres pueden ser del color que quieran, y por ende, hacer literatura quiere decir que se puede buscar en varias direcciones, como si ninguna fuera la correcta y por lo tanto cualquiera fuera igual de buena; por ejemplo, se puede estar de acuerdo en considerar a la sociedad como estando hecha de lenguaje, y sin embargo, y no obstante, y sin menoscabo, ponerse a considerarla como si fuera espacio, a ver qué sale, y luego como si fuera juego, y luego organismo, y luego pura literatura, y así sucesivamente: esto puede atentar contra la verdad, pero no es mucho atentado y en todo caso no atenta contra el enriquecimiento y multifacetización de la cultura.

La literatura, al revés del artículo científico, lo que hace a la postre es elaborar proyectos de sociedad, fabricar mundos posibles, porque lo que está exponiendo es formas del pensamiento, estilos del lenguaje, maneras de aproximarse a la vida, métodos de llegar a su objeto, modos de estar aquí, que antes no estaban, pero que, por el solo hecho de exponerse, ya están. Una forma vaporosa y enrarecida de exponer a la psicología social, si al lector le suena verosímil, hace que, cuando levante la vista del texto, vea al mundo vaporoso y enrarecido. En efecto, el proyecto de sociedad que hay en toda literatura es un proyecto que empieza a cumplirse por el hecho de exponerlo, porque las ideas, las ilusiones, las rabias que están dentro de la forma de la literatura, son

ya ipsofacto parte de la sociedad y por lo tanto agarran ya de por sí una ínfula de realidad. Es cierto: cuando se expone un proyecto de sociedad, la propia exposición pertenece ya a esa sociedad.

En conclusión, hacer literatura es adentrarse en la realidad del lenguaje. Lo que se conoce por lo común como literatura y también se le conoce como teoría, es aquello que se supone que está alejado de la vida, de la práctica y de la realidad, pero, cuando se lleva a cabo, y precisamente porque se hace sin ninguna pretensión de que sea aplicado, sin ninguna presunción de que esto esté explicando lo que pasa allá fuera, entonces la literatura, y para este caso la psicología, y específicamente la psicología social, se convierte en algo así como una vida y una práctica que, paradójicamente, puede estar más cerca de la realidad que la realidad que se describe con el mero lenguaje. Cuando un escritor declara que lo que hace en esta vida es practicar la literatura, no se le puede objetar que no hace nada ni que no hay ninguna práctica; ciertamente, el lenguaje como lenguaje a veces se queda por arriba de la práctica, pero el lenguaje como literatura, debido a que no es un medio, debido a que no tiene a dónde ir y por lo tanto de nada le sirve darse prisa para terminar y pasar a lo que sigue, es en sí mismo su propia práctica, esto es, sí es una realidad, porque la literatura consiste en pensar, narrar y describir la realidad, no hasta que se sepa qué es o se pueda explicar, sino hasta que se sienta lo que es la realidad, hasta que se esté dentro de ella. Hacer literatura es, en efecto, sentir que el lenguaje es una realidad, y no nomás decirlo. La literatura es un lenguaje que tiene consistencia de realidad.

Formato de citación

Fernández Christlieb, Pablo (2005). Los dos lenguajes de las dos psicologías de lo social. *Athenea Digital*, 8, Disponible en <http://antalya.uab.es/athenea/num8/sfernandez.pdf>



Este texto está protegido por una licencia [Creative Commons](#).

Usted es libre de copiar, distribuir y comunicar públicamente la obra bajo las siguientes condiciones:

Reconocimiento: Debe reconocer y citar al autor original.

No comercial. No puede utilizar esta obra para fines comerciales.

Sin obras derivadas. No se puede alterar, transformar, o generar una obra derivada a partir de esta obra.

[Resumen de licencia](#)

[Texto completo de la licencia](#)